

NAUFRAGIO. Novela por *Juan Marín*.—Zig-Zag, 1939

La literatura de sabor exótico que con tanto éxito cultivaron Steevenson, Somerset Maugham, Kipling, London, Laurence y otros grande novelistas, tiene sin duda un raro atractivo, tiene ese rudo encanto de lo sorpresivo e insospechado, esa fascinación del misterio de los lejanos parajes y de las almas de personajes que surgen inopinadamente en medio del relato. De esos personajes que no se sabe de dónde vienen, ni qué anhelos empuja su destino, que se corta o se yergue más fuerte, por milagro de uno de esos accidentes del viaje o de la aventura. Porque la aventura y el viaje siempre se hermanan, especialmente cuando se extiende hacia regiones en donde la naturaleza manda como reina y señora de quien no se puede esperar piedad ni amparo, cuando sus fuerzas ciegas y violentas se desencadenan, convirtiendo al hombre que cae bajo el dominio de su cólera, en un pelele que apenas alcanza a vislumbrar que su destino se ha despedazado súbitamente.

Seguramente esta clase de literatura no se puede hacer a base exclusiva de imaginación. La realidad por desconocida que sea para el lector necesita de cierta efectiva consistencia en que apoyarse para dar la sensación de tal. Lo exótico debe tener un semblante, un acento propio, un ambiente definido y sostenido que dé la tónica del relato y lo impregne dentro del ámbito en que se desarrollan los acontecimientos, de esa fuerza original que arranca de la vida misma que se desea reflejar.

Los escritores mencionados al comienzo de esta crónica, vivieron la vida que agitó sus novelas. Sus ojos se saturaron de las visiones del paisaje que describen y en su mente se grabó la imagen de hombres con sus costumbres o manías, así como con sus interjecciones y detalles de vida que los singularizaron. De allí surge lo exótico en relieve, comunicándole a la narración el colorido y ese sabor nuevo, que no es el pan cotidiano de

la literatura. Es el alma de un mundo distinto, en el cual la mirada del artista no sólo tiene la obligación de resbalar por su superficie, sino también la de asomarse a lo interno, para dar de esta manera realce expresivo al relato. Y naturalmente esta no es tarea fácil, pues es el producto de una larga convivencia con los seres cuya imagen se desea animar. Sobre estos elementos el novelista pone su fantasía, su riqueza emocional y su inventiva. Pero los elementos sobre los cuales acabamos de hacer estas consideraciones no se pueden descuidar si el artista quiere hacer obra perdurable.

Juan Marín revela una vez más en su novela *Naufragio* sus condiciones de narrador experto y lleno de recursos para animar la trayectoria de su relato. Su prosa brillante fluye como un torrente fácil, exornado de imágenes. Conduce al lector por una senda amenizada por las diversas incidencias que le ocurren a los tripulantes de la «Birckdale» en su desgraciado viaje. La «Birckdale» es una pequeña Babel, que se mueve sobre el inmenso océano. Van allí, eslavos, suecos, ingleses, chinos, japoneses, negros y americanos del sur—un peruano y un chileno—y es aquí donde quisiéramos hacerle un reparo. No hay en estos hombres, una personalidad diferenciada, que esté remarcada con interés a través de los sucesos que allí ocurren. Se ve que allí el artista ha tropezado con serias dificultades que sólo su talento lo ha hecho salvar en buenas condiciones. El ambiente está admirablemente descrito y en el naufragio de la Birckdale, hay toda esa agitación, todo ese tumulto tempestuoso del mar que despedaza al velero que ya tiene también adentro a un enemigo implacable: el incendio que ha estallado en las carboneras y que no se ha podido dominar. Pero todos aquellos hombres de tan distinta nacionalidad reaccionan, de manera casi uniforme. ¿Es la muerte que nivela e iguala sus almas? No lo creemos pues la desesperación ante la tragedia inevitable, tiene sus estallidos o sus revelaciones, que demuestran aunque sea por última vez, lo que hay de distinto en cada raza.

En todo caso, hay en esta novela de Juan Marín, una gran fuerza descriptiva y una emoción auténtica. El capitán Schwarz, es un tipo que merece figurar en una de las grandes novelas del mar, y los momentos en que los tripulantes enloquecidos por el hambre tratan de comerse al negro Saavedra, son de una intensidad dramática inolvidable.—LUIS DURAND.



CALLE RICANTÉN. Cuentos por *Armando Rojas Castro*.—Ediciones Diana. Santiago

Para los santiaguinos, el título de este libro es de una elocuencia decisiva y prometedora, porque la calle Ricantén y algunas otras próximas a ella, forman el barrio donde se compra y se vende el amor, ese amor que no deja huellas en el espíritu, pero en el cual sin embargo suele asomar, así como revienta una flor en medio de la maleza, la delicada fibra de una ilusión, primeros botes románticos de la juventud experta o inexperta. Además hay en ese medio; dramas terribles, y espantosas tragedias, frutos del vicio y de las pasiones desatadas, que tienen para el novelista de pupila certera un alto interés humano, y encierran lecciones de vida y experiencia, que no desdeñó descubrir la pluma de Maupassant, Daudet, Zola y muchos otros grandes escritores.

Pero no es este el aspecto que le interesa y trata el autor de este libro de cuentos, al cual ha dado el título del primero de los que contiene el volumen. Cuenta en él, la historia de Eliana, hermosa joven provinciana que huye del hogar paterno tras el seductor que luego la abandona en Santiago, dejándola entregada a su propia suerte, amarga suerte que la lleva primero a la casa de citas y luego al lenocinio de la calle Ricantén. Es decir la eterna historia que cuentan todas las cortesanas en momentos de intimidad y confianza. Sólo que el señor Rojas Cas-